

Cómo el Pentágono robó 158 millones de dólares a Suiza

Imagina que entras en un restaurante, pides una botella de vino y un filete, y el camarero te dice: «Paga el vino por adelantado; te cobraremos el filete cuando llegue». Entregas el dinero del vino al instante y de buena fe. Pasan las horas. La cocina está en silencio: ni vino, ni filete, nada. Cuando te quejas y dices que vas a congelar cualquier pago adicional hasta que aparezca algo de verdad, el gerente sonríe y responde: «Ah, ya nos hemos quedado con tu dinero del vino y lo hemos anotado para el filete. Es todo una sola cuenta grande de todos modos; nuestra política nos permite mover fondos entre tus pedidos cuando uno de los lados está corto. La cocina está trabajando a toda máquina en la parte de atrás... solo que no para tu mesa en este momento».

Eso es exactamente cómo se siente Suiza ahora mismo.

A finales de marzo de 2026, el radiodifusor público suizo SRF reveló que Estados Unidos había redirigido silenciosamente alrededor de 126 millones de francos suizos —aproximadamente 158 millones de dólares— en pagos que Suiza ya había realizado, completos y a tiempo, hacia su programa de cazas F-35. Esos fondos fueron trasladados dentro de un único fondo fiduciario conjunto de Ventas Militares Extranjeras (FMS) para cubrir déficits en el contrato separado de Suiza para el sistema de defensa aérea Patriot, incluso aunque Berna había congelado los pagos del Patriot precisamente por los enormes retrasos en las entregas causados por la priorización estadounidense de otros aliados. Suiza, un cliente modelo que nunca se había retrasado en los pagos, descubrió que sus pagos de buena fe habían sido reasignados en silencio para mantener el flujo de efectivo hacia Lockheed Martin a pesar de que no había progreso visible alguno en sus propios pedidos.

El pedido suizo de Patriot: Repriorización, no incumplimiento

Como parte de su programa de modernización aérea Air2030, Suiza encargó cinco unidades de fuego Patriot (baterías) junto con hasta 36 cazas stealth F-35A Lightning II (posteriormente reducidos a alrededor de 30 por razones de costo). Ambos programas canalizan todos los pagos a través del sistema de Ventas Militares Extranjeras de Estados Unidos. Suiza cumplió con todos los calendarios de pagos sin retraso.

Las entregas de Patriot estaban programadas originalmente para comenzar entre 2026 y 2028. En 2025, Washington citó primero la prioridad para Ucrania, lo que retrasó las entregas suizas. Luego estalló el conflicto con Irán y el Pentágono repriorizó aún más el pedido suizo. Para principios de 2026, Berna fue informada de que el plazo se había retrasado entre cuatro y cinco años —posiblemente más— mientras que los costos del programa se in-

flaron hasta un 50 por ciento, pasando de unos 2.000 millones a 3.000 millones de francos suizos. En el otoño de 2025, Suiza congeló los pagos adicionales del Patriot, argumentando que sin un progreso verificable en la fabricación o la entrega no tenía obligación de seguir pagando.

El programa F-35 enfrentaba sus propios sobrecostos y tensiones de producción, pero Suiza había continuado realizando esos pagos al fondo compartido, esperando plenamente que los dos programas se trataran como entidades separadas.

La futilidad matemática del conflicto con Irán

Esto no ocurría en el vacío. Estados Unidos e Israel consumieron interceptores Patriot a un ritmo asombroso en la guerra contra Irán. Solo en los primeros cuatro días del conflicto, las fuerzas estadounidenses y aliadas dispararon 943 misiles Patriot —aproximadamente la producción completa de 18 meses bajo tasas normales de tiempo de paz.

Cada interceptor Patriot PAC-3 MSE cuesta alrededor de 3,9 a 4,2 millones de dólares. Los drones iraníes Shahed de bajo costo que derribaban cuestan entre 20.000 y 50.000 dólares cada uno. Irán fabrica alrededor de 10.000 de estos drones al mes. Las matemáticas son implacables:

- Un solo disparo Patriot cuesta aproximadamente 100 veces más que el dron Shahed promedio.
- A las tasas de producción actuales (~50-60 misiles por mes), tomaría más de 16 años solo para igualar un mes de producción iraní de drones —asumiendo una eficiencia perfecta que nunca existe en combate.

Incluso con la promesa de Lockheed Martin de cuadruplicar la producción hasta 2.000 misiles al año, las matemáticas siguen siendo imposibles: $10.000 \text{ drones por mes} \div 167 \text{ misiles por mes} = \mathbf{60 \text{ meses (5 años)}}$ solo para igualar la tasa actual de producción iraní —y esto asume una eficiencia de intercepción perfecta, algo que nunca ocurre en el combate real.

Esta imposibilidad matemática va más allá de un fracaso estratégico: representa una violación fundamental de la base contractual. Cuando el cumplimiento se vuelve matemáticamente imposible debido a circunstancias completamente bajo el control del vendedor (priorizar a otros clientes por razones geopolíticas), la obligación del comprador de cumplir se excusa bajo principios del derecho internacional. Suiza juzgó correctamente que esta prometida ampliación era inútil frente a la abrumadora ventaja de producción de Irán. La fecha de entrega de los Patriot suizos se había deslizado efectivamente al infinito no por retrasos de producción, sino porque todo el enfoque estratégico estaba matemáticamente condenado al fracaso. Esta evaluación racional —basada en análisis estratégico, no en renuencia a pagar— llevó a Berna a suspender los pagos por etapas.

Esta futilidad matemática es la verdadera razón por la que el Pentágono redirigió el dinero suizo del F-35. La transferencia de efectivo nunca se trató de ayudar a Suiza a recibir sus sistemas tan retrasados. Fue una maniobra deliberada para usar los fondos de los contri-

buyentes suizos para financiar el propio esfuerzo bélico de Estados Unidos en Oriente Medio: mantener las líneas de producción en marcha y los interceptores fluyendo para las operaciones estadounidenses e israelíes contra Irán, incluso mientras los pedidos suizos seguían siendo repriorizados y sin entregar. En efecto, la neutral Suiza se vio obligada a subsidiar el mismo conflicto que había hecho imposibles sus entregas de Patriot en primer lugar.

La laguna del fondo conjunto

Bajo las reglas del FMS, **todos** los pagos suizos por armas estadounidenses —F-35, Patriot o cualquier otra cosa— fluyen a un único fondo fiduciario conjunto gestionado por el Pentágono. El lenguaje del contrato permite explícitamente a Estados Unidos reasignar dinero entre los programas del mismo cliente cuando uno de los lados presenta un déficit.

Suiza trató los dos contratos como puntos de influencia separados y actuó de buena fe. Suspendió los pagos del Patriot y esperaba que el dinero del F-35 permaneciera aislado para ese programa. En cambio, el Pentágono simplemente movió los fondos existentes del F-35 para mantener vivo el lado del Patriot, eludiendo completamente el congelamiento. El efectivo siguió fluyendo hacia Lockheed Martin y sus socios aunque había habido poco o ningún progreso en las entregas específicas para Suiza en ninguno de los dos sistemas. Para tapar el agujero resultante en su presupuesto del F-35, el Ministerio de Defensa suizo se vio obligado a adelantar decenas de millones de francos adicionales de los contribuyentes antes de lo previsto.

Repercusiones políticas en Suiza

El director de Armasuisse, Urs Loher, máximo funcionario de armamento de Suiza, confirmó la redirección a SRF, pero solo pudo describir públicamente la cantidad como «una suma de tres dígitos bajos en millones». Calificó la situación de «muy insatisfactoria». El episodio ha provocado preguntas parlamentarias en Berna y renovadas llamadas a una investigación completa. Legisladores de todo el espectro discuten ahora abiertamente si reducir aún más el pedido del F-35 o buscar alternativas europeas (como el SAMP/T francés) para futuras necesidades de defensa aérea, con el fin de evitar este tipo de dependencia de un proveedor que coloca a los socios pequeños y neutrales al final de la cola.

Un ajuste de cuentas moral y ético

No existe un tribunal penal internacional que procese esto como «robo» o «fraude». Sin embargo, por cualquier estándar moral o ético —y ciertamente bajo los principios del common law sobre contratos, buena fe y enriquecimiento injusto— la maniobra del Pentágono se siente indistinguible de un trato de mala fe. Suiza pagó a tiempo, cumplió todas sus obligaciones y simplemente ejerció su derecho a retener pagos adicionales en un programa que había sido efectivamente repriorizado hasta el olvido.

Este incidente expone una violación fundamental de la soberanía: los contribuyentes suizos que financiaron la defensa de su nación descubrieron que su dinero fue redirigido

para financiar guerras estadounidenses de agresión en Oriente Medio. Esto nunca fue meramente una disputa contractual. Fue un país neutral obligado a subsidiar conflictos totalmente ajenos a sus intereses de seguridad, con los dólares de impuestos de sus ciudadanos usados para propósitos que contradicen directamente la larga política exterior de neutralidad de Suiza.

El principio de *pacta sunt servanda* («los acuerdos deben cumplirse») es una piedra angular del derecho internacional. Aunque el lenguaje técnico del fondo conjunto FMS pueda darle a Estados Unidos una hoja de parra contractual, el espíritu del acuerdo —pagos basados en el progreso vinculados a entregas verificables— quedó socavado. Suiza solo pidió el cumplimiento por el que había contratado. En cambio, su dinero fue redirigido para financiar un programa repriorizado por razones completamente fuera del control de Berna.

La experiencia de Suiza forma ahora parte de un registro creciente que explica por qué las naciones deben ser extremadamente cautelosas al firmar contratos de defensa con fabricantes estadounidenses. Estados Unidos ha desarrollado una terrible reputación como contratista de defensa: uno que prioriza a clientes políticamente conectados sobre las obligaciones contractuales, usa lagunas financieras para extraer el máximo valor independientemente de la entrega y construye dependencia solo para explotarla con fines geopolíticos. Los fondos conjuntos ofrecen comodidad administrativa al vendedor pero despojan al comprador del apalancamiento previsto. Cuando pagas por adelantado el vino y el restaurante lo anota para un filete que nunca llega —mientras la verdadera cocina ocurre para el pedido urgente de otra persona— aprendes rápidamente quién controla realmente la cuenta.

Queda por ver si Berna puede obtener compensación, penalizaciones o mayor transparencia. Por ahora, este episodio se erige como un caso de libro de texto del poder asimétrico en los contratos de defensa: el comprador escribe los cheques, cumple todos los plazos y aun así es empujado al final de la fila. Suiza no hizo nada malo. Simplemente descubrió, de la manera más dura, que la buena fe no siempre es correspondida cuando llama la conveniencia geopolítica.